12099

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

EL ZORTZICO

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

MÚSICA DE

MIGUEL MARQUÉS

Representada por primera vez en el teatro FELIPE
el día 23 de Julio de 1891.

MADRID
Cedaceros, 4, segundo.
1891

23

EL ZORTZICO

EL ZORTZICO

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

MÚSICA DE

MIGUEL MARQUÉS

Representada por primera vez en el teatro FELIPE
el día 23 de Julio de 1891.

MADRID
Cedaceros, 4, segundo.
1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Magdalena	*Srta. Campos.*
Ramona	*Sra. Vidal.*
Josecho	*Sr. Mesejo (J.).*
Chiquivar	» *Rodríguez.*
Urbieta	» *Soler.*
Echea	» *Jerez.*
Sargento de migueletes	» *Ruesga.*
Alcalde	» *Castro.*
Un miguelete	» *Vázquez.*

Migueletes, bateleras, pescadores y soldados carlistas.

La acción en Pasajes en 1874.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su pe
so reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de
tramar, ni en los países con quienes haya celebrados y se celeb
en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traducción.
Los comisionados de la *Administración Lírico-dramática* de
Eduardo Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de
derechos de representación y de la venta de ejemplares.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid, Tipografía de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

ACTO ÚNICO

a escena representa la plaza de Pasajes. En el fondo la bahía, después de la cual se ven altas montañas que se suponen ocupadas por los carlistas; entre ellas está la de San Marcos. A la derecha, en primer término, la casa de Magdalena ó Magdalen, con puerta frente al público y ventana practicable á la izquierda, ó sea sobre la plaza. En el centro del escenario un árbol practicable. En segundo término, derecha é izquierda, calles. Los personajes que vienen por el foro figura que suben del mar por la correspondiente escalerilla. La línea de tierra estará formada con peñascos.

ESCENA PRIMERA

SARGENTO, MIGUELETE *y* JOSECHO.

IIGUELET. ¿Y está completamente bueno el capitán?

ARGENTO. Tan bueno, que hoy comenzará á prestar servicio.

IIGUELET. Es un valiente el capitán Urbieta.

ARGENTO. Es el mayor enemigo que tienen los carlistas. (*Josecho pasea por delante de la casa de Magdalena.*) Como venga y vea á ese pájaro rondando la casa de Magdalen, me parece que ha acabado de tocar á misa.

SECHO. Si se fueran esos pícaros, llamaría á la ventana. ¡Cómo me miran!

ARGENTO. Delante de éste no se puede hablar nada. Es el grande amigo del cabecilla Echea, del coronel Echea, como ellos le llaman; y yo creo que se comunican y que es nuestro espía.

IGUELET. Pues eso, con darle, así, enmedio de la cabeza... (*Apunta.*)

SECHO. (*Asustado.*) ¡Ay! ¿Qué es eso, hombre?

ARGENTO. Le íbamos á dar á usted el quién vive.

SECHO. ¿Sí? Pues eso parecía el quién muere.

ARGENTO. No se asuste usted. Me parece que ahí (*Seña-*

675271

lando á la casa de Magdalena) pierde usted e tiempo.

JOSECHO. ¿Ahí? No; es que miraba... á ver si mirando. veía.....

SARGENTO. Sí; á Magdalen. No está y su padre tampo co; y el capitán Urbieta sale hoy á la calle

JOSECHO. (*Con sobresalto.*) ¿Ya? Tempranibus et cu solen.

SARGENTO. Solen... solen... Soleta es lo que debe uste tomar si quiere pasarlo bien.

JOSECHO. ¡Eh, eh! No jugar con las armas, que el diabl las carga. (*Viendo que el otro miguelete pone el cañón cerca del cuerpo.*)

SARGENTO. ¿Sabe usted que ha llegado á San Sebastián l segunda división del ejército del Norte?

JOSECHO. ¡Je, je! (Mentira.)

SARGENTO. Y pronto estarán libres San Sebastián, Hern ni y San Marcos.

JOSECHO. ¿Sí, eh? Me alegro. (Mentira.)

SARGENTO. Y usted se alegrará porque habrá pronto pa y como es usted un bendito...

JOSECHO. Sí. (Mentira... digo... verdad.)

MIGUELET. Me parece que hay movimiento hacia la de recha de la montaña.

SARGENTO. Puede que se retire el cabecilla con sus fue zas.

JOSECHO. Las gánibus.

SARGENTO. ¿Qué decía usted?

JOSECHO. Que no veo... no veo nada.

MIGUELET. Un bote atraviesa la bahía.

SARGENTO. ¡Vaya un atrevimiento! Milagro es que los ca listas no le hacen fuego. (*Se ve en lo alto la montaña un fogonazo, y en seguida suen un disparo.*)

JOSECHO. Ya te han oído. Fúgite. (*Vase.*)

SARGENTO. ¡Qué bárbaros! ¿Le habrán dado?

ESCENA II

Los mismos, CORO *y* CHIQUIVAR.

Música.

HOMBRES. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre
que tiran los carcas?
¿Quieren atacarnos?
Cojamos las armas.
Lo que es en Pasajes
no ponen la planta
en tanto nos sobren
fusiles y balas.
(*Se acercan á la orilla del mar todos. Desembarca Chiquivar y viene hacia el proscenio rodeado de pescadores.*)
CHIQUIVAR. Susto no tengáis.
¿Dónde tantos vais?
CORO. Si es Chiquivar.
CHIQUIVAR. ¡Ja, ja, ja!
CORO. ¿Te han herido?
CHIQUIVAR. ¡Quiá! ¡Quiá! ¡Quiá!
(*Le rodean con gran curiosidad.*)
Como te tienes hoy la gran fiesta
en que á la chica van á ponerte
una medalla por su valor,
dije: «Chiquivar, corre á carlistas,
mira no quieran venir á verte
y te agüen fiesta, que es lo peor.»
Te subo al monte sin que me vean,
y allí los tienes todo tranquilo.
Novena rezan y oyen sermón.
Los unos juegan, los otros beben,
moscorra toman y andan en vilo
cantando pío, pi, pío, pon.
Me vuelvo al bote,
remas que remas,
y allí á la entrada

de la ladera
te ves un cura
de centinela
con un trabuco
que te revienta.
Dejo, pues, remo
y hago una seña
que no le gusta
al reverencia.
Tira, me agacho,
nunca me acierta;
y aquí me llegó
la risa suelta,
y haciendo siempre
la misma seña.

SARGENTO. Siempre tan valiente Chiquivar.

CHIQUIVAR. Descuídate, pues, y verás lo que te hasen perros del Chapa.

CORO. ¡Qué gracia tiene!
Le hace una seña
(*Repitiendo la seña*)
que no le gusta
al reverencia,
y aunque le tiran
nunca le aciertan.
A este Chiquivar
no hay quien le pueda. (*Vanse.*)

Hablado.

SARGENTO. Adiós, Chiquivar, y ten prudencia.

CHIQUIVAR. Dios la dará. Buen día te ves hoy para sufrir balasos.

ESCENA III

CHIQUIVAR *y* RAMONA.

CHIQUIVAR. ¿Sacristana vienes? Mal agüero será.

RAMONA. Adiós, Chiquivar.

CHIQUIVAR. ¡Ah! ¿Usté es?

RAMONA. Sí; yo soy. ¿Has sido tú el que ha dado lugar á ese escándalo?

CHIQUIVAR. ¿Cuál escándalo dise usté?

RAMONA. Esos tiros. Por tí y otros como tú estamos expuestos á ser atravesados el mejor día.

CHIQUIVAR. Ya quisiera usté eso, ya.

RAMONA. Lo mismo que la mojiganga que hoy se celebra por los atrevimientos de tu hija. ¿Qué ha hecho, vamos á ver, qué ha hecho para que la pongan la cruz del Mérito militar en medio de la plaza? ¡A una batelera! Cosas de liberales.

CHIQUIVAR. ¿Poca cosa le parese á usté?

RAMONA. No me parece nada. ¡Pasar á un capitán de migueletes! Para eso es batelera.

CHIQUIVAR. Pero enmedio de balasos fué y no la viste retroseder con capitán herido. En salvo le puso y bueno le encuentras aquí ya. Mil cruz mereses, Madalen, pues. Carlistón será usté si no lo ve.

RAMONA. Y á mucha honra. Ahora vengo á decirte que el dinero que os di para comprar el batel lo necesito antes de mañana.

CHIQUIVAR. Sacristán es el marido.

RAMONA. ¿Y eso qué?...

CHIQUIVAR. Fásilmente gana los cuartos.

RAMONA. ¡Grosero!

CHIQUIVAR. ¡Anda! ¡Qué fina estás usté!

RAMONA. ¡Tuno!

CHIQUIVAR. La pasiensia me dé Dios.

ESCENA IV

LOS MISMOS, URBIETA.

URBIETA. ¿Qué es esto? ¿Riñen ustedes?

CHIQUIVAR. La mujer del sacristán que te empeñas en insultar. Que mi hija nada es; que pillos sere-

mos todos; que la cabesa me falta y que á alguna retorseré yo el pescueso, pues.

RAMONA. ¿A mí? Atrévete.

URBIETA. (*Deteniéndola.*) ¡Señora!...

RAMONA. Usted le defiende... ¡Claro! Como hizo usted aquella pamema para que la chica le cogiera...

URBIETA. ¡Yo pamema!

CHIQUIVAR. La lengua es atrós.

RAMONA. ¡Ah! Ya lo creo. Aquí lo dice bien claro. (*Sacando un periódico.*)

URBIETA. ¿Qué es eso? ¿La *Gaceta* carlista? Estoy acostumbrado á sus insultos.

RAMONA. Justo; *El Cuerno del Combate.* Me alegro que esté usted aquí. Voy á leérselo.

CHIQUIVAR. Al marido puede usted ir con eso del *Cuerno* que le gustará.

URBIETA. Déjala. Lea usted.

RAMONA. Oigan ustedes. (Que rabien.) (*Leyendo.*) «El día 15 se celebra en Pasajes una mojigangá liberal. El gobierno de la república ha concedido la cruz del Mérito militar á la hija de remendón Chiquivar, y le colocarán la insignia enmedio de la plaza. Todo por haber pasado á un insurrecto herido.» Ese es usted. «Esas hijas de liberales hacen muchas pasadas con los migueletes.»

URBIETA. Eso se dice muy bien desde lejos.

RAMONA. Ya lo dirán desde cerca. Y tú, ¿qué dices á eso?

CHIQUIVAR. ¿Yo? La vergüensa andará escasa en *El Cuerno* tal ves.

RAMONA. Yo te juro que te leeré todos los números de este periódico.

CHIQUIVAR. ¿Sí? El sordo haré.

URBIETA. Lo que yo quisiera es saber lo que se propone usted viniendo á leer esas injurias.

RAMONA. ¿Qué me propongo? Que me pague ése lo que me debe. Mi marido no cobra eso nunca, porque Magdalen oye con gusto las flores que echa.

URBIETA. ¡Señora!... Magdalena es honrada.

CHIQUIVAR. Como su madre es. ¡Florido está el marido para echar la flor á Magdalen! ¡Gracioso es el hombre!

URBIETA. Váyase usted, váyase usted, porque no respondo...

CHIQUIVAR. (*A Urbieta.*) Si quieres un mangaso la daré.

RAMONA. Así caiga hoy una bomba enmedio de la plaza.

CHIQUIVAR. El bombo sí que eres usté. (*Chiquivar pretende lanzarse sobre Ramona. Urbieta le contiene.*)

RAMONA. ¡Herejes!

CHIQUIVAR. ¡Santurrona!

RAMONA. ¡Negros!

CHIQUIVAR. Al periódico del *Cuerno* ande usté.

ESCENA V

CHIQUIVAR *y* URBIETA.

CHIQUIVAR. Sin señal se va. Yo lo siento bien.

URBIETA. Déjala.

CHIQUIVAR. ¡Que Madalen le escucha al marido! Honrada es ella.

URBIETA. No te ocupes de eso. Ahora te voy á dar dos noticias. Primera: que esta noche salgo con la fuerza de migueletes por el camino de Lezo, al mismo tiempo que el general en jefe ataca á San Marcos.

CHIQUIVAR. Alegría que me da usted.

URBIETA. Sin que lo sepa nadie avisas á los voluntarios de confianza para que nos acompañen.

CHIQUIVAR. Volando iré.

URBIETA. La segunda noticia es más importante para tí.

CHIQUIVAR. ¿Cuála me das?

URBIETA. Me quiero casar con tu hija.

CHIQUIVAR. ¿Con Madalen!

URBIETA. Sí; con Magdalen, que me ama.

CHIQUIVAR. Sin habla me quedaré. ¡Una batelera!

URBIETA. Una batelera á quien debo la vida. Cuando caí herido nadie se atrevió á recogerme, y ella me colocó en su bote y, sin temor al estado del mar ni á la lluvia de balazos que los carlistas tiraban desde aquellas montañas, me trajo aquí y me libró de la muerte.

CHIQUIVAR. Bueno es eso; pero si cariño no hay... nada tenemos.

URBIETA. Hay todo eso. ¿Quién me ha cuidado durante mi curación? En ese tiempo ha nacido mi amor, que es correspondido.

CHIQUIVAR. ¡Buen topo soy el padre! Nada he visto. Pero la chica pobre es.

URBIETA. Yo nada necesito. Si de la salida de esta noche vuelvo con vida, empezaremos los preparativos de la boda.

CHIQUIVAR. Un abraso si me dejas.

URBIETA. Y ciento. (*Se abrazan.*)

CHIQUIVAR. Ariyó.

URBIETA. Sobre todo mucho sigilo.

CHIQUIVAR. Seguro estarás.

URBIETA. Yo voy á preparar la fuerza.

CHIQUIVAR. Corro. Y de paso á la chica le diré que boda tenemos. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI

JOSECHO.

JOSECHO. No hay nada más tonto que un liberal. Stultum est. Lo ha dicho el Evangelio. Hoy fiesta para condecorar á una batelera... ¿Por qué? Por nada... es decir, si fuera por guapa... porque Magdalen es guapa como un sol. ¡Si me oyera mi mujer! Vade retro. Mi mujer debía ser liberal. ¡Qué gusto entonces! Puede que me la fusilaran aquéllos el día bendito del triunfo. ¡Hola! Allí viene.

ESCENA VII

JOSECHO *y* MAGDALEN.

MAGDAL. ¡Josecho! ¿Qué querrá por aquí?
JOSECHO. Bella batelera...
MAGDAL. (*Con sequedad.*) Buenas tardes.
JOSECHO. ¡Buenas tardes... buenas tardes!... Siempre tan seca conmigo.
MAGDAL. ¿Cómo quiere usted que le salude? ¿Ha preparado usted las campanas?
JOSECHO. ¿Las campanas? Ya me ha dicho el alcalde que hoy, durante la fiesta liberal que se celebra en tu obsequio, tengo que repicar fuerte.
MAGDAL. ¡Qué rabia le dará á usted!
JOSECHO. No lo creas. Yo, siendo por tí, soy capaz de tocar y bailar.
MAGDAL. ¿De veras?
JOSECHO. Ex abundantia cordis, dijo el Espíritu Santo.
MAGDAL. ¿Empieza usted con latines? Adiós.
JOSECHO. No señor; no te vas. Tengo que hablarte.
MAGDAL. ¿A mí?
JOSECHO. Ya sabes que yo presté á tu padre la cantidad necesaria para comprar el bote con que ahora te ganas la vida.
MAGDAL. Vaya, ¿era eso lo que tenía usted que decirme?
JOSECHO. Eso, y que mi mujer se empeña en que os embargue si mañana no devolvéis la cantidad.
MAGDAL. Envidia y nada más que envidia. Eso es una infamia.
JOSECHO. Pero todo puede arreglarse.
MAGDAL. ¿Arreglarse?
JOSECHO. Si tú quieres.
MAGDAL. ¿Si yo quiero? (*Alarmada.*)
JOSECHO. Inteligenti pauca.
MAGDAL. ¿Pauca? Eso debe ser una cosa mala.
JOSECHO. No; tranquilízate. Mira, esta noche cuando

todos estén en el ayuntamiento, donde vas á ser la reina de la fiesta, te escurres y vienes aquí y me esperas al lado de ese árbol.

MAGDAL. ¿Que me escurra?

JOSECHO. Eso.

MAGDAL. Me parece que quien se escurre es usted.

JOSECHO. Pues entonces el embargo.

MAGDAL. Bueno; ¿y qué voy á hacer bajo ese árbol?

JOSECHO. ¡Ah! Inteligenti pauca.

MAGDAL. ¿Otra vez pauca?

JOSECHO. Mira, te diré algo. En primer lugar, te devolveré el recibo firmado por tu padre y ya no tendréis obligación de entregar ese dinero.

MAGDAL. ¿Y por qué no me lo entrega usted ahora?

JOSECHO. Porque no... picarilla. (*Josecho toca la cara á Magdalena, y ésta le da una bofetada.*) ¡Ay! ¡Ay!

MAGDAL. ¿Le he hecho á usted daño?

JOSECHO. No, daño no, porque al sentir tu manita me regocijo.

MAGDAL. (*Amenazándole.*) ¿Quiere usted otra?

JOSECHO. No. Tengo bastante. Estoy intranquilo por si viene mi mujer, porque tiene unos celos de ti...

MAGDAL. ¿De mí? (*Riendo.*) ¿De mí? Me alegro. Oiga usted. Esta noche vengo á la cita.

JOSECHO. ¿De veras? Gloria in excelsis.

MAGDAL. (Buena te la preparo.) Nada, que vengo, pero traiga usted el recibo.

JOSECHO. Mil recibos. (Soy el diablo.)

MAGDAL. Y supongo que con este motivo tocará usted á gusto las campanas en la fiesta de hoy.

JOSECHO. A vuelo, hija, á vuelo.

MAGDAL. Que viene gente. Adiós. (*Entra en su casa.*)

JOSECHO. Adiós, stella matutina, turris ebúrnea...

ESCENA VIII

URBIETA, JOSECHO, *luego* MAGDALEN.

URBIETA. ¿Qué hace usted ahí?

JOSECHO. ¡Ay! (*Asustado.*) Señor Urbieta. ¡Qué susto me ha dado usted!

URBIETA. ¿Qué hacía usted ante esa ventana?

JOSECHO. Rezando, señor capitán, rezando. Oportet orare pro mortui. San Juan, capítulo...

URBIETA. Largo. Rece usted á buena distancia de esa ventana, porque ahí no llegan las oraciones.

JOSECHO. Bueno, señor, bueno. (*Va al otro lado del escenario.*)

URBIETA. Como yo comprenda que eres espía te quedas sin cabeza.

JOSECHO. Oremus. (*Entre dientes.*) Te la he jugado de puño.

MAGDAL. (*A la ventana.*) ¡Urbieta! Voy en seguida.

Música.

JOSECHO. Hay que tener
mucha atención.
Ora pro nobis.
Cristeleisón.
(*Sale Magdalena.*)

MAGDAL. Sé por mi padre
la gran noticia.
Voy á morirme
con la emoción.

URBIETA. Serás mi esposa,
yo te lo juro,
porque te adoro
de corazón.

MAGDAL. Voy á morirme
con la emoción.

URBIETA. Porque te adoro
de corazón.

JOSECHO. Ora pro nobis.
Cristeleisón.

URBIETA. (*Muy piano y temiendo ser oído por Josecho.*)
Esta noche nos marchamos.
Yo no sé si volveré.

MAGDAL. Volverás.

URBIETA. Pero ocurra lo que quiera,
yo jamás te olvidaré.
MAGDAL. Yo jamás.
Y entretanto tú te bates
á la Virgen rezaré.
URBIETA. Rezarás.
MAGDAL. Y el zortzico aquel antiguo
que te gusta cantaré.
URBIETA. Cantarás.
MAGDAL. Lo mismo que la espuma
brota del mar
y el sol rompe la bruma
rasgando encajes
para brillar,
así en tus labios rojos
brota el placer,
y el suyo de tus ojos
entre tus lágrimas
veo nacer.
URBIETA. Con este canto de amores
nuestras cunas se mecieron.
MAGDAL. Con este canto las olas
arrullan mi barquichuelo.
JOSECHO. Regina sanctorum omnium.
Sancta Trinitas unus Deus.
MAGDAL. Lo mismo que la espuma
brota del mar.
URBIETA. Y el sol rompe la bruma.
JOSECHO. Ora pro nobis.
URBIETA. Para brillar.
MAGDAL. Así en tus labios rojos
brota el placer.
URBIETA. Y el suyo de tus ojos
JOSECHO. Ora pro nobis.
URBIETA. Veo nacer.
MAGDAL. Brota el placer.
JOSECHO. Ora pro nobis.
URBIETA. Veo nacer, etc., etc.

ESCENA IX

LOS MISMOS *y* RAMONA.

Hablado.

RAMONA. Ya es hora de que te encuentre.

URBIETA. ¿Otra vez esa mujer?

JOSECHO. ¿Me estabas buscando?

RAMONA. Ya lo creo. Y con mucho afán.

MAGDAL. (*A Urbieta.*) Viene á pedirme el dinero que la debemos.

URBIETA. No tengas cuidado. Yo lo arreglaré.

RAMONA. (*Á Josecho.*) Supongo que habrás venido á cobrar la deuda.

JOSECHO. No tienen un cuarto.

RAMONA. Sólo á tí se te ocurre prestar dinero á un liberal.

MAGDAL. (*A Urbieta.*) ¿Qué vas á hacer?

RAMONA. Verás cómo á mí no me lo niega.

URBIETA. Josecho, tenemos que hablar. (*Pasa Urbieta al lado de Josecho y Ramona al lado de Magdalen.*)

JOSECHO. Usted dirá.

URBIETA. El padre de Magdalen pidió á usted una cantidad.

JOSECHO. Un piquillo... párvula.

URBIETA. ¿Tiene usted ahí el recibo?

JOSECHO. Ecce. (*Mostrando un papel.*) Doscientas cincuenta pesetas.

URBIETA. Venga el recibo y venga usted á mi casa, que voy á pagárselas.

JOSECHO. Eso nunca. (*Retirando vivamente el recibo.*) (Este recibo me ha de servir para cosa mejor.)

RAMONA. ¡Qué infamia!

MAGDAL. Cállese usted.

RAMONA. ¿Conque al pie de ese árbol mientras se baila en el ayuntamiento?

MAGDAL. Sí, señora; pero cállese usted, porque si no, no podrá cerciorarse.

URBIETA. Pero ¿se puede saber por qué no quiere usted recibir el dinero? ¿Habrá un hombre tan generoso que renuncie?...

RAMONA. ¡Qué pillo!

JOSECHO. Ese soy yo.

URBIETA. ¿De modo que esa deuda?...

MAGDAL. Claro; vendrá, y en cuanto te vea...

JOSECHO. Me la trago.

RAMONA. ¿Qué dice?

MAGDAL. Silencio; no lo eche usted á perder.

URBIETA. Si perdona usted así las deudas...

RAMONA. ¡Faltar á su mujer!

JOSECHO. Así lo manda Dios.

RAMONA. (*Queriendo volverse.*) ¿Que se lo manda Dios?

MAGDAL. Si habla con Urbieta.

URBIETA. La cosa mejor será que tome usted mi dinero.

RAMONA. ¡A su esposa!

JOSECHO. Es una cosa muy fea.

RAMONA. Eso es á mí.

URBIETA. Magdalena, da las gracias á Josecho.

JOSECHO. Cállese usted.

MAGDAL. ¡Las gracias!

JOSECHO. No; no hay de qué darlas. Es un error. Errare humanum est.

URBIETA. ¿No me ha dicho usted que perdonaba?...

RAMONA. Ya sé á lo que se refiere, señor capitán, á la deuda.

URBIETA. Justo.

RAMONA. No; no podemos perdonar un céntimo... hoy por lo menos.

JOSECHO. Ni mañana. Yo no puedo... (*Tira del vestido á Magdalen, que está á su lado.*)

RAMONA. Eso de mañana, lo veremos. (*Tira también del vestido á Magdalen.*)

MAGDAL. Me van á desnudar. (*Retrocede.*)

JOSECHO. Nunquam perdonavit. (*Busca el vestido de Magdalen para dar otro tirón.*)

RAMONA. Mañana hablaremos. (*Busca también el vesti-*

do de Magdalen y se encuentra su mano con la de Josecho. Este aprieta.) ¡Ay!

JOSECHO. (*Al ver la mano de su mujer.*) ¡Hola! ¿Cómo estás?

RAMONA. (*Apretando.*) Bien, muy bien, ¿y tú?

ESCENA X

LOS MISMOS *y* CHIQUIVAR.

CHIQUIVAR. Que la fiesta comienza y ahí os estáis. (*Entra Magdalen en su casa.*)

RAMONA. Vamos, vamos, que no quiero ver comedias liberales.

CHIQUIVAR. (*A Josecho.*) A las campanas, pues, carca.

JOSECHO. Esta noche sí que voy á dar la campanada.

RAMONA. Anda. (Buena te espera.) (*Llevándose á Josecho.*)

CHIQUIVAR. Ya están voluntarios listos.

URBIETA. Gracias, Chiquivar. (*Magdalena entra en su casa á ponerse el traje de batelera.*)

Música.

PESCADORS. Esta es la hora de la fiesta
que el alcalde preparó.
Vamos todos, que habrá baile
y algo más que me sé yo.
Abundante está la sidra
y empezamos un barril,
y bebiendo se maneja
con más bríos el fusil.
(*Suenan las campanas.*)
Tin, ton, tin, ton,
tin, ton, tin, ton.
Ya anuncian las campanas
que empieza la función.
Tin, ton, tin, ton,
tin, ton, tin, ton.

¡Con qué rabia las toca
Josecho el carlistón!
Si sigue repicando
le mata el sofocón.

CHIQUIVAR. Que quieras, que no quieras,
repica, carlistón,
que ya las bateleras
vienen en procesión.
(*Llegan las bateleras con el traje característico y un remo cada una. Detrás el Alcalde con el tamborilero y ayuntamiento.*)

BATELERAS. Nuestro encanto y nuestra gloria
son el mar,
que sereno nos convida
á remar,
y en sus aguas nos mecemos
con placer,
y por eso despreciamos
su poder;
que sus olas más furiosas
al venir,
hasta el bote no se atreven
á subir,
y en la proa se hacen trizas
con furor,
arrullando nuestro canto
su rumor,
y meciendo nuestros botes
á la vez,
que acarician con su espuma
nuestra tez.
(*Sale Magdalena.*)

HOMBRES. Vivan las bateleras,
viva Magdalen.

BATELERAS. Vivan los pescadores,
viva Pasajes.

HOMBRES. En tu canoa, niña,
quiero embarcarme.

BATELERAS. Quita, no sea que vayas
á marearte.

TODOS. Vivan las bateleras,
viva Pasajes,
vivan los pescadores,
viva Magdalen.

MAGDAL. Gracias mil, compañeras;
os agradezco
este honor, que es seguro
que no merezco.
(*El Alcalde da la cruz á Magdalen, diciendo:*)

ALCALDE. En nombre del ilustre
gobernador,
ahí te entrego este emblema
de tu valor.

CHIQUIVAR. Y Chiquivar, que es padre,
más no te aguanto,
aunque te hagas el fuerte
ya tienes llanto.
(*Suenan otra vez las campanas.*)

URBIETA. Tin tan, tin tan.
Ya repica el sacristán.

CHIQUIVAR. Tin, ton, tin, ton.
Que repique el carlistón.

MAGDAL. ¡Ja, ja, ja, ja!
Buena rabia le dará.

HOMBRES. Tin, ton, tin, ton.
Que repique el carlistón.

MUJERES. ¡Ja, ja, ja, ja!
Buena rabia le dará.

HOMBRES. Tin, ton, tin, ton.

MUJERES. ¡Ja, ja, ja, ja!

Hablado.

ALCALDE. Ahora al ayuntamiento, donde hay sidra y demás para los presentes. ¡Viva Magdalen!

TODOS. ¡Viva!

Música.

CORO. Vivan las bateleras,
viva Pasajes,

vivan los pescadores,
viva Magdalen.

(*Vanse por la izquierda: primero el Alcalde con el tamborilero, luego Magdalena entre Urbieta y su padre, detrás las bateleras y por último los hombres. Va anocheciendo al comenzar el desfile.*)

ESCENA XI

ECHEA *y* JOSECHO.

(*Se acerca un bote á la costa, y después de mirar á todos lados, salta á tierra Echea.*)

ECHEA. Ni un alma. (*Como si hablara con los remeros.*) Apartad hacia afuera. Yo llamaré cuando necesite. Se conoce que están todos de jolgorio en el pueblo.

JOSECHO. Tempranito vengo; pero la impaciencia me devora.

ECHEA. ¡Josecho!...

JOSECHO. ¡Mi coronel!

ECHEA. Calla, no pronuncies esa palabra.

JOSECHO. Pero ¿cómo se ha atrevido usía?...

ECHEA. ¿Quieres dejar los tratamientos?

JOSECHO. ¿Cómo está el señor? (*Descubriéndose.*)

ECHEA. Bueno.

JOSECHO. El Señor prolongue la vida del señor y el señor se vea colmado de beneficios por el Señor.

ECHEA. Josecho...

JOSECHO. Señor...

ECHEA. Deja ya tanto señor. Ya sabes que mando el cuarto navarro.

JOSECHO. Sí, señor.

ECHEA. Vengo á buscar á una mujer.

JOSECHO. ¿Para llevársela al cuarto?

ECHEA. ¿Cómo?

JOSECHO. Al cuarto navarro.

ECHEA. Para llevársela al general.

JOSECHO. ¡Ah! Al general Patas largas.

ECHEA. ¿Qué irreverencia es ésa?

JOSECHO. Perdón, señor. Cuando el general Arregoicoa, que hoy ocupa aquellos cerros, era monaguillo en este pueblo le llamábamos así... y... y...

ECHEA. Basta. El general ha dado orden para que la hija de Chiquivar sea capturada y conducida á su presencia.

JOSECHO. ¿La hija de Chiquivar?

ECHEA. Sí; me ha dicho el general que tú la conoces y dirás el medio mejor de capturarla.

JOSECHO. ¡Yo, yo! Liberanos Domine.

ECHEA. Pocas palabras, que tengo prisa, y si me ven aquí me fusilan.

JOSECHO. Pero, señor, al señor no le puede gustar...

ECHEA. En nombre del rey te mando que ayudes. Si quieres, desobedece.

JOSECHO. Pero, señor, ¡qué cosas manda el rey!

ECHEA. A mí me hacen brigadier si realizo este servicio.

JOSECHO. ¡Ah! ¡Ya caigo! Esa mujer es la que salvó á Urbieta.

ECHEA. Justo.

JOSECHO. Y querrá el rey castigarla.

ECHEA. Eso; por mano del general Arregoicoa, que está enamorado de ella.

JOSECHO. ¡Cuidado que hila delgado su majestad!

ECHEA. (¡Qué bruto es este hombre!) Vamos, dame un plan.

JOSECHO. Bueno. Audaces fortuna juvat.

ECHEA. Habla claro.

JOSECHO. Esta noche vendrá aquí ella.

ECHEA. ¿Sola?

JOSECHO. Solísima.

ECHEA. ¿Y á qué?

JOSECHO. A... á... á...

ECHEA. Cállatelo. Cuando esté aquí saltarán dos muchachos á tierra, que se quedan escondidos en

el fondo de un bote, y yo la espero en el mío á media milla.

JOSECHO. Bueno; en nombre del rey, por supuesto.

ECHEA. Adiós, imbécil. (*Se aproxima á la playa, hace una seña y se acerca el bote.*)

JOSECHO. En el nombre del rey. ¡Ah! Los chicos que observen, que observen, y cuando la vean aquí... No se puede confundir con nadie. Va vestida de batelera.

ECHEA. (*En el bote.*) Larga. (*Se siente el golpe de los remos y desaparece.*)

ESCENA XII

JOSECHO.

JOSECHO. ¡Virgen Santísima! ¡Qué papel más importante me ha reservado su majestad! Yo pierdo por un lado... sí; por un lado pierdo, pero por otro gano... porque el día del triunfo lo menos me hacen capitán. Y la chica es guapa... pero, nada, primero son las cosas de arriba que las de abajo. Alguien viene... Arriba. (*Sube al árbol. Sale Urbieta con el Sargento y el Miguelete.*)

ESCENA XIII

JOSECHO, URBIETA, SARGENTO *y* MIGUELETE.

URBIETA. ¿Están ya reunidos en el extremo del pueblo?

SARGENTO. Están. Yo he venido con éste á buscarle á usted, y aquí estamos.

URBIETA. No se nota movimiento en la montaña.

SARGENTO. Están tan tranquilos como si nada les amenazase.

URBIETA. Ya debe haber salido de San Sebastián la primera columna.

JOSECHO. ¡Ah, pícaros guiris! Si yo pudiera avisar á los leales...

URBIETA. Nosotros vamos rodeando la bahía y al llegar al túnel de Rentería empezaremos el baile.

SARGENTO. ¿Cree usted que no habrá baile hasta el túnel? Las guerrillas del cuarto navarro que manda el cabecilla Echea están casi tocando á Ancho y nos verán en seguida y harán fuego.

JOSECHO. Dios te oiga.

URBIETA. Pero se me ocurre una idea para evitar que esos bribones nos fusilen.

SARGENTO. ¿Cuál?

URBIETA. Vamos á poner unos cuantos faroles en ese árbol, ó un par de hogueras, y en cuanto noten movimiento, harán fuego á las luces que les servirán de blanco.

JOSECHO. ¡San Juan Ante-portam-latinam!

SARGENTO. Bien pensado. A ver si hay por aquí algo que arda.

JOSECHO. ¡San Juan de Dios, San Juan Nepomuceno, San Juan Evangelista, San Juan Clímaco, San Juan de las Viñas, San Juan Lanas!...

URBIETA. Vamos; ¿no encontráis nada?

MIGUELET. No señor; no se ve por aquí...

URBIETA. Dejadlo; que nos tiren á nosotros.

JOSECHO. Así sea. ¡Bendita la Virgen!

URBIETA. En marcha.

JOSECHO. ¡Atchis! ¡Ay!

LOS TRES. ¡Jesús!

ESCENA XIV

JOSECHO, RAMONA *y dos carlistas que no hablan.*

JOSECHO. Nada, no se han enterado. Si estos liberales son stultus. Pero ¿cómo avisaría á aquellos pobrecitos á quienes van á sorprender? Una luz desde aquí sería una señal de alarma. Pero ¿y si tiran? Yo tengo un escapulario que

dice: «Detente bala. El corazón de Jesús está conmigo.» No; no hagamos la prueba, no sea que la bala que venga no sepa leer. ¡Ah! ¡Ella! Ahora verán los guiris de lo que sirven las cruces del Mérito militar.

RAMONA. (*Con traje de batelera.*) Con este traje llegará hasta mí confiado.

JOSECHO. Cómo ha venido, ¿eh? Si estas liberalas son todas cualquier cosa. Es la sangre, es la sangre que es muy mala.

RAMONA. ¿Me habrá engañado Magdalen?

JOSECHO. ¡Pobrecita! Si supieras lo que tienes encima...

RAMONA. Yo no debo hablar palabra. Lo primero las uñas á la cara.

JOSECHO. Mucho se retrasan. A ver si se cansa y se vea. (*Suena el zortzico que antes se cantó.*) ¡Hola! El último zortzico. ¿A que va á venir su padre? (*Aparecen en el muelle dos carlistas con armas* y *boina blanca.*)

RAMONA. ¿Si se habrá arrepentido ese infame?

JOSECHO. ¡Ahí están, ahí están! Bendito sea Dios que tan cerca veo las boinas blancas del ejército legítimo. (*Los carlistas se acercan á Ramona por detrás, la echan un pañuelo á la boca y se la llevan entre los dos al bote. Suena el ruido del bote que se aleja. Josecho baja del árbol.*) ¡Anda! Que te pongan crucecitas los liberales ahora. ¡Chiquivar borracho! ¡Cuánto voy á gozar!

ESCENA XV

JOSECHO, CHIQUIVAR, *alegre, con un farol.*

Música.

CHIQUIVAR. ¿Cómo no te hallas en fiesta?
¿Qué hases aquí, sacristán?

JOSECHO. ¡Ay! ¡Cuánta sidra has bebido!

Toda la vas á llorar.

CHIQUIVAR. (*Deteniéndole.*)
No quieras prisa.
Voy á cantarte una copla.
Verás qué risa.

OSECHO. Venga ese canto.
Yo te daré la respuesta.
Verás qué llanto.

CHIQUIVAR. ¿Tú? Tú primero, pues.

OSECHO. No; á tí te corresponde.

CHIQUIVAR. Tú empesarás te digo.

OSECHO. Pues voy, liberalote.
Hay algún ente
tan infernal
que porque bebe mucho aguardiente
ya se figura
que es liberal
(*Haciendo eses*),
y andando así
siempre se ve.
Vaya qué li,
vaya qué be,
vaya qué liberal
será sujeto tal.

CHIQUIVAR. Hay en la villa
un santurrón
que de los santos en el cepilla
mete la mano
por devosión.
Luego con fe
se pone así.
(*Dándose golpes de pecho.*)
Vaya una re,
vaya una li,
vaya una religión
que tiene el carlistón.

OSECHO. Vaya qué li,
vaya qué be.

CHIQUIVAR. Vaya una re,
vaya una li.

LOS DOS. { Vaya qué liberal.
Vaya una religión.

JOSECHO. Liberal.

CHIQUIVAR. Santurrón.

Hablado.

JOSECHO. ¿Dónde has dejado á Magdalen?

CHIQUIVAR. En su busca voy, que de menos la echa todos.

JOSECHO. ¡Je, je! ¿Se ha perdido?

CHIQUIVAR. Buena risa te asoma. (*Acercándole el farol.*)

JOSECHO. (*Retirándolo.*) Quita esa luz de mi lado, bár baro.

CHIQUIVAR. Del oscurantismo eres, pues. Lus te daña.

JOSECHO. Sí; acércatela á tí, á ver si tu amor á las luce te cuesta un tiro.

CHIQUIVAR. (*Acercándose á la casa.*) Magdalen...

JOSECHO. ¡Je, je!

CHIQUIVAR. (*A Josecho.*) Guasita te tienes. (*Volviendo llamar.*) Magdalen...

JOSECHO. ¡Je, je!

CHIQUIVAR. El grajo suenas bien... ¡ya, ya!

JOSECHO. ¡Je, je!

CHIQUIVAR. La risita cargas de veras. En casa de la tí estará. (*Va á dirigirse hacia la izquierda.*)

JOSECHO. ¡En casa de su tía! ¡Je, je! (*Chiquivar intent acercarle otra vez el farol y Josecho lo apart con rapidez.*) Vade retro, Satanás.

ESCENA XVI

LOS MISMOS, EL ALCALDE.

ALCALDE. Chiquivar, ¿y Magdalen? (*Se oyen voces de pueblo.*)

CHIQUIVAR En casa no está.

JOSECHO. ¡Cuánto gozo!

ALCALDE. ¿Oyes esos gritos? Un chico me ha dado l

noticia de que hace poco ha visto pasar á dos carlistas que se llevaban á una batelera.

HIQUIVAR. La mía no es.

)SECHO. ¡Je, je!

HIQUIVAR. (*Después de mirar á Josecho.*) ¿Dos carlistas ella? Un regimiento necesitarías y no te la llevas.

)SECHO. Vaya, santas y buenas noches nos dé Dios.

LCALDE. ¡Alto! Usted no se va. El muchacho, que ha visto el rapto, dice que usted ha hecho señas...

)SECHO. ¿Yo, yo? Calumniatus suum.

ESCENA XVII

LOS MISMOS *y* PUEBLO.

NA BATEL. ¡Muera Josecho!

ODOS. ¡Muera!

NA BATEL. ¡Muera el sacristán!

ODOS. ¡Muera! (*Intentan lanzarse sobre Josecho. El Alcalde y Chiquivar se ponen delante y procuran contener á las mujeres.*)

LCALDE. ¡Quietas en nombre de la ley!

)SECHO. ¡San Pedro Advíncula, San Pedro Mártir, San Pedro Apóstol, San Pedro el Cruel... San Pedro!...

ATELERAS. ¡Muera!

LCALDE. ¡Quietas! Si efectivamente este hombre ha cometido ese delito, se hará justicia.

HIQUIVAR. Yo solo haré justisia secas. Nadie hase falta. (*Pretende agarrar á Josecho y el Alcalde le detiene.*)

)SECHO. Pero ¿y mi mujer? ¿Cómo me dejará en este trance?

NA VOZ. Echarlo al mar.

ODOS. Al mar.

HIQUIVAR. ¡Silencio, pues! Lo primero será mi pobre hija que paresca. ¿Quién se la llevó? (*A Josecho.*) O dices ó el mangaso te suelto.

TODOS. ¡Al mar, al mar! (*Cogen á Josecho á pesar á los esfuerzos de todos y tratan de llevarlo al mar*

JOSECHO. ¡Que no sé nadar!... ¡Virgen María... que no s nadar! (*En este momento aparecen Magdale con una carabina y boina encarnada, Urbieta migueletes.*)

ESCENA XVIII

LOS MISMOS, MAGDALEN *y* URBIETA.

MAGDAL. ¡Alto! ¿Qué hacéis? (*Sueltan á Josecho.*)

JOSECHO. (*Viniendo rápidamente hacia las candilejas.* Que no sé nadar, digo.

CHIQUIVAR. En poder de carlistas te lloraba el padre. (*L abraza.*)

MAGDAL. ¿Me buscabais? Perdonadme si os he abando nado en lo mejor del baile; pero la manera d honrar esta cruz era acompañar á los migue letes en la salida de esta noche.

ALCALDE. ¡Viva Magdalen!

TODOS. ¡Viva!

URBIETA. Por fortuna no se ha disparado un tiro, por que los carlistas, al saber que se aproximaba e ejército liberal, han abandonado á San Ma cos.

TODOS. ¡Viva la libertad!

URBIETA. (*A Josecho.*) Y á usted, ¿qué le pasa, amigo?

JOSECHO. ¿A mí? Eso digo yo... ¿Qué me pasa á mí?

ALCALDE. ¿Cuál es, entonces, la batelera robada?

JOSECHO. Eso digo yo. (*Muy turbado.*)

URBIETA. Usted debe saberlo.

JOSECHO. Eso digo yo... ¿Me puedo retirar?

VOCES. ¡Al mar, al mar!

JOSECHO. No, no; me estaré aquí, si á ustedes les moles ta que me vaya.

MAGDAL. La batelera robada está ahí. Hemos tenido l fortuna de rescatarla. Los carlistas la han arro jado al mar.

JOSECHO. ¿Quien será, Dios mío?
URBIETA. Traed eso, muchachos.

ESCENA XIX

LOS MISMOS, RAMONA.

(*Los migueletes entran á Ramona despeinada, con el pelo mojado* y *envuelta en un capote mojado también.*)

TODOS. ¡La sacristana! ¡Es la sacristana!
OSECHO. ¡Once mil vírgenes!
MAGDAL. (*A Ramona.*) ¿Está usted mejor?
OSECHO. Pero ¡mujer!
RAMONA. ¡Infame!
CHIQUIVAR. (*A Josecho.*) ¡Je! ¡je!
ALCALDE. Pero, ¿qué le ha ocurrido á usted?
RAMONA. Me cogieron aquí y me llevaron adonde estaba el cabecilla Echea en otro bote..... ¡Cosas de ese pillo! (*Por Josecho.*)
CHIQUIVAR. ¡Je, je!
RAMONA. Y Echea dijo furioso: «Está no es, brutos. Os la regalo.» (*Risas.*)
OSECHO. Pero ellos no aceptarían el obsequio.
CHIQUIVAR. ¡Je, je!
RAMONA. Ellos me tiraron al mar.
URBIETA. Y nosotros la hemos salvado.
CHIQUIVAR. ¿No das las gracias?
OSECHO. No las merece.
RAMONA. (*A Magdalen.*) Te perdono la deuda en pago de tu acción.

Música.

Vivan las bateleras,
viva Pasajes,
vivan los pescadores,
viva Magdalen.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é Hijos de Cuesta, calle de Carretas; de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo; de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol; de D. M. Murillo, calle de Alcalá; de D. Manuel Rosado y de los señores Córdova y Compañía, Puerta del Sol; de D. Saturnino Calleja, calle de la Paz, y de los Sres. Simón y Compañía, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de E. Dené, 15, rue Monsigni, *París.*—PORTUGAL: D. Juan M. Valle, praça de Don Pedro, *Lisboa,* y D. Joaquín Duarte de Mattos Junior, rua de Bomjardin, *Porto.*—ITALIA: Cav. G. Lamperti, vía Ugo Fóscolo, 5, *Milán.*

Pueden hacerse también los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial; acompañando su importe en sellos de franqueo ó en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

MADRID, 1891.—Tip. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

Teléfono 934.